



*«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»
(Sal 88)*

Soy una carmelita descalza de la comunidad de Puzol (Valencia) y he celebrado recientemente los 50 años de Profesión religiosa en el Carmelo.

Me llamo Ivana, y tengo 68 años, lo cual quiere decir que tenía 18 recién cumplidos cuando pronuncié mis votos y me comprometí con el Señor con todo el entusiasmo y la frescura de mi juventud.

Todo arrancaba de una experiencia espiritual que había tenido a los 15 años (cuando, por cierto, bien ajena estaba a estas realidades) gracias a la cual, sin saber cómo y sin mediar nadie, comprendí que Dios era el valor supremo de la existencia y que una vida dedicada solo a Él tenía sentido, que valía la pena entregársela, consciente de que solo Él podría llenarla.

Esta experiencia me llevó a profundizar en la persona de Jesús y en mi relación con Él. Las palabras de S. Pablo: «Me amó y se entregó por mí» resonaban fuertemente en mi interior y me urgían a corresponderle de la misma manera con amor total y exclusivo.

Siendo como era una joven feliz, con muchos amigos y que me encantaba divertirme, su llamada se me presentaba como una “amenaza”, una renuncia a lo que más quería. Intuí que seguir este camino me iba a meter en una espiral de incomprensión y de rupturas: con la familia, amigos, abandono de todos los proyectos de futuro que acariciaba.

No fue fácil, pero Él iba ganando terreno dentro de mí, y a la vez allanando dificultades hasta hacer posible mi entrada en el convento a los 16 años. Y he de confesar que aquel entusiasmo y determinación iniciales han ido en aumento a través de los años. He sido y soy una persona feliz, y en este momento, volver la vista atrás es experimentar nuevamente la gratuidad de Dios, su fidelidad y su amor, su cuidado constante en mi vida, su cercanía y amistad, ante lo cual no cabe más que dejarse querer, abandonarse en sus manos, confiar, alabar...

Todo esto, vivido en comunidad, y a través de las relaciones de amistad y transparencia con las hermanas, que nos permiten ser en la Iglesia fermento de evangelización y testimonio creíble para el mundo.

No puedo terminar esta comunicación sin referirme al Papa Benedicto XVI, que, con su gesto de renuncia, aparte de lo que supone de generosidad, valentía y humildad, ha puesto de relieve la importancia de la oración en la vida cristiana, su eficacia, su valor, con lo que se confirma nuestra vocación contemplativa, que sigue estando en la vanguardia de la Iglesia y del mundo.

Ivana Gisbert
Carmelita Descalza